

REFLEXIONES SOBRE LA PASION DE JESUCRISTO

San Alfonso M.^a de Ligorio

Editorial

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA

Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78

www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

Depósito legal: SE. 4.354-2012

ISBN: 978-84-7770-071-5

Impreso por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

Impreso en España / Printed in Spain



San Alfonso M^a de Liguorio,
Doctor de la Iglesia

PROLOGO

Resumen bibliográfico de San Alfonso M.^a de Ligorio

Nació en Nápoles el 27 de septiembre de 1697 y murió a la edad de 91 años en 1787.

A los pocos días de nacer, un siervo de Dios, San Francisco de Jerónimo, cogiéndolo en brazos exclamó en tono profético: «Este niño será obispo, vivirá cerca de cien años y hará grandes cosas por Dios».

Estudió la carrera de jurisprudencia consiguiendo ya a los 16 años el birrete doctoral en ambos derechos, necesitando dispensa especial por su corta edad. Ejerció la abogacía con tanto éxito que en ocho años ganó todos los pleitos. Pero el Señor que lo quería para su servicio permitió su primer fracaso en un pleito dependiendo al Duque de Orsine. Entonces fue cuando Alfonso desengañado de las falacias del mundo tomó la seria resolución de abandonarlo y dedicarse por completo al servicio de Dios.

«A todos los obliga por igual el precepto del amor, y, precisamente, la verdadera santidad consiste en el amor a Jesucristo, nuestro soberano Bien, nuestro Redentor y nuestro Dios». Así escribía el Santo y a esto encaminó por completo su vida entera. El celo por la salvación de las almas le movió a fundar la congregación de misioneros del Santísimo Redentor. Durante muchos años él fué el primer misionero,

recorriendo pueblos y ciudades. Es un apóstol humilde, resuelto, inflamado de amor a Dios y a las almas que prodiga su piedad y su tiempo en el confesionario, en el púlpito, en la catequesis a los niños...

A pesar de su resistencia tuvo que aceptar por obediencia al Papa la dignidad episcopal. Luchó por la reforma del seminario y del clero, siendo sus pastorales exponentes de su preocupación y su celo por la santidad del sacerdocio y la salvación de las almas.

Su celo por la salvación de las almas que tan caras habían costado al Redentor le hacía no contentarse con que le oyeran cientos o miles de personas. Jesucristo murió por todas y era preciso salvarlas a todas. Pensó en los libros, en grandes ediciones de libros populares que pudieran llevar su voz y el mensaje evangélico a todos los rincones de la tierra, y, decididamente se hace escritor. Escribe cómo hemos de amar a Jesucristo, qué razones tenemos para amar a Jesucristo y cuánto es lo que merece Cristo que le amemos. Entre los muchos libros que escribió se destacan por su popularidad Las Glorias de María, Las Visitas al Santísimo Sacramento, La Práctica de Amor a Jesucristo, El Amor del Alma, Las Reflexiones sobre la Pasión de N. S. Jesucristo, La Preparación para la Muerte, y El Gran Medio de la Oración.

En la «Civiltà Cattolica» se dice que San Alfonso M.^a de Liguori «sobrepasa con gran ventaja a todos los escritores eclesiásticos de los últimos siglos». Nuestra madre la Iglesia lo ha reconocido así al distinguirlo con el glorioso título de «Doctor de la Iglesia».

Entre todos los innumerables santos que han

prestigiado la Iglesia solamente 32 han sido honrados con este glorioso título.

Algunos se preguntarán: ¿Qué significa el título de Doctor de la Iglesia? ¿Qué pretende nuestra madre la Iglesia al honrar a ciertos santos con este glorioso título? Lo que significa y lo que pretende la Santa Iglesia al honrar a ciertos santos con esta distinción, no es más que tratar de garantizarnos su doctrina manifestándonos que sus escritos tienen la plena aprobación de la Iglesia. Un santo significa un héroe en la virtud y en el amor de Dios, y un doctor de la Iglesia significa un maestro de doctrina segura a quien podemos seguir con plena seguridad.

Entre los 32 doctores de la Iglesia hay tres que se destacan entre todos por su sabiduría y la importancia de sus escritos. Estos son: En la edad antigua o primeros años del cristianismo San Agustín; en la edad media Santo Tomás de Aquino, y en la edad moderna Sal Alfonso M.^a de Ligorio.

San Alfonso fué un entusiasta de Santa Teresa de Jesús a quien llama su *abogada* y *maestra*. Como veremos, la cita continuamente en sus obras. Para San Alfonso M.^a de Ligorio, después de las Sagradas Escrituras nada era tan importante como la doctrina de Santa Teresa a quien amaba, admiraba e imitaba. Por su parte, Santa Teresa escribió algo que nosotros podemos muy bien aplicar a San Alfonso. Dice la Santa: «Aquellos libros cuyos autores no eran muy autorizados no me gustaba leer». Y ¿qué autor más autorizado que S. Alfonso Doctor de la Iglesia a quien se le denomina: «*Doctor Celosísimo*», «*Escritor Inspirado*», «*Martillo de Herejes*», «*Príncipe de*

Moralistas», «*Patrono de Confesores*» y «*Maestro de Santidad*», etc. etc.?

Dos razones tenemos muy especiales para confiar plenamente en la doctrina de San Alfonso. La primera es por razón de su santidad. Según él, un santo no puede menos de decir claramente la verdad.

Ha habido autores que han dicho que ciertas expresiones de alabanza que algunos santos dirigieron a la Virgen, eran exageraciones que no podían tomarse a la letra ni aceptar su significado. A esto responde el Santo: «El exagerar las cosas o usar hipérboles es ir contra la verdad, lo cual no hicieron los santos que hablaron con el espíritu de Dios que es espíritu de verdad» (Glorias de María).

La segunda razón para seguir al santo es su sabiduría, aprobada y recomendada por la Iglesia al concederle el honroso título de Doctor.

Ya en vida, cuando al papa Benedicto XIV le consultaban algún problema difícil aconsejaba seguir el consejo del P. Alfonso de Liguorio. Los elogios que los siguientes papas, cardenales, obispos y escritores han hecho de San Liguorio en estos últimos siglos son innumerables y no pueden ser más elogiosos, como pueden verse en el c. 2 del «*Acta Doctoratus*». Razón tuvo, pues, S. S. Gregorio XVI para afirmar que todos pueden seguir con paso firme y seguro los caminos literarios de la doctrina alfonsiana que con paso firme nos encamina de la tierra al cielo (Bula de Canonización).

San Alfonso no era un autor que escribiera corriendo y a la ligera. El mismo confesaba: «En cada libro suelo trabajar el doble que los demás escritores, por-

que me gusta documentarme bien de cuantos autores tengo a mano». «En este esfuerzo del Santo —dice un autor— estriba nuestro descanso, y en este su afán, nuestra seguridad, porque en esta preocupación de exponer la más aquilatada doctrina está la tranquilidad de nuestra conciencia».

Dice San Alfonso en su obra «La Selva» que una sola palabra de un santo suele hacer mucho más bien a las almas que un largo discurso de un sacerdote corriente. Pues ya que en vida de ellos no sabemos cuáles son santos, aprovechémonos de sus escritos que harán muchísimo bien a nuestras almas. Elijamos siempre para leer libros de autores santos, y principalmente santos de la talla de San Alfonso, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, Santa Teresa de Jesús, etc. porque estos además de su santidad, tenemos la seguridad que nuestra madre la Iglesia nos da de su doctrina al haberlos honrado con el glorioso título de *Doctores de la Iglesia*.

Muchos se preguntarán por qué hemos suprimido en este libro las notas que llevan otras ediciones. La razón es triple: 1.^a, que el noventa por ciento de los lectores no leen ni le interesan las notas, 2.^a, que para aquellos pocos que le interesen ya existen otras ediciones, y 3.^a, que al suprimirlas se abarata el libro un 25 por ciento y se consigue una edición más popular.

Relación de obras de San Alfonso M.^a de Liguori que pueden pedirse a nuestra Editorial:

Práctica de Amor a Jesucristo

Preparación para la Muerte

El Gran Medio de la Oración

Las Glorias de María, 1.^a Parte

Las Glorias de Maris, 2.ª Parte
El Amor del Alma
La Santidad Sacerdotal (La Selva)
Reflexiones sobre la Pasión de Jesucristo
Conformidad con la Voluntad de Dios
Visitas al Santísimo Sacramento
y la Vida de San Alfonso M.ª de Ligorio

INTRODUCCIÓN

Cuán agradable sea a Jesucristo que meditemos frecuentemente su pasión y la muerte ignominiosa que padeció por nosotros, bien se echa de ver en la institución del santísimo Sacramento del altar, que dejó en su Iglesia como monumento para que siempre viviera en nosotros la memoria del amor que nos tuvo, sacrificándose en la cruz por nuestra salvación. Sabemos que en la noche anterior a su muerte instituyó este sacramento de amor, y después de haber distribuido su cuerpo a los discípulos, les dijo, y en ellos nos dijo a todos nosotros, que al recibir la sagrada comunión nos recordásemos de lo que padeció por nosotros. Por eso la santa Iglesia ordena al celebrante que en la misa, después de la consagración, diga en nombre de Jesucristo: *Siempre que hiciereis esto, hacedlo en memoria de mí.* Y el angelico Santo Tomás escribe «que, para que se conservara entre nosotros la memoria de tan grande beneficio, nos dejó su cuerpo para que lo tomáramos en alimento. Y continúa el Santo diciendo que por este sacramento se conserva la memoria del inmenso amor que Jesucristo nos patentizó en su pasión.

Si alguien hubiera padecido por un amigo injurias y heridas, y supiera luego que el amigo, al oír hablar de lo acontecido, no quisiera recordarlo, y cuando se le recordara, dijese: «¡Hablemos de otra cosa!», ¡qué pena sentiría aquél al ver el olvido del ingrato! Por el contrario, ¡qué consuelo experimentaría al cerciorarse de qué amigo profesaba testimoniarle eterna grati-

tud y que siempre le recordaba, hablando de él con ternura y sollozos! De ahí que todos los santos, conocedores del gusto que proporciona a Jesucristo el evocar a menudo su pasión, se hayan preocupado en meditar casi de continuo los dolores y desprecios que padeció el amabilísimo Redentor durante la vida y especialmente en la muerte. Escribe San Agustín que no hay nada tan provechoso al alma como meditar diariamente la pasión del Señor. Reveló Dios a un santo anacoreta que no hay ejercicio más apto para inflamar los corazones en el divino amor como el pensar en la muerte de Jesucristo. Y a Santa Gertrudis le reveló, como atestigua Luis de Blois, que quien mira devotamente el Crucifijo, siempre que le mira es mirado por Jesús con amor. Añade el mismo autor que el considerar o leer cualquier cosa acerca de la pasión reporta más bien que otro cualquiera ejercicio devoto. Por eso escribía San Buenaventura: «¡Oh amable pasión, que divinizas al alma que en ti medita!» Y, hablando de las llagas del Crucifijo, las llamó llagas que hieren los más duros corazones e inflaman a las almas más frías en el amor divino.

Cuéntase en la vida del Beato Bernardo de Corleón, capuchino, que, deseosos sus hermanos en religión de enseñarle a leer, fue a consultarlo con el Crucifijo, y le respondió el Señor: «¿Para qué lecturas? ¿Para qué libros? Tu libro quiero ser yo crucificado, en quien leerás el amor que te he tenido». Jesucristo crucificado era también el libro predilecto de San Felipe Benicio, por lo que, al morir, pidió el Santo le dieran su libro, y quienes le asistían dudaban qué libro darle; pero su confidente, Fr. Ubaldo, le dio la imagen de Jesús crucificado, y entonces exclamó el Santo: «Este es mi libro», y besando las sagradas llagas, exhaló su bendita alma.

En mis obritas espirituales hablé repetidas veces de la pasión de Jesucristo; con todo, creo no estará de más añadir aquí, para utilidad de las almas fervorosas, muchas otras cosas y reflexiones que he leído después en diversos libros y en las cuales he pensado a menudo. Quise trasladarlas aquí para utilidad de los demás, pero sobre todo para provecho mío propio, ya que escribo el librito próximo a la muerte, pues cuento setenta y siete años de edad y quiero ocuparme en estas consideraciones para prepararme al día de las cuentas. En efecto, yo mismo utilizo estas pobres meditaciones leyendo con frecuencia algún pasaje, a fin de que, cuando llegue la hora suprema de mi vida, tenga ante los ojos a Jesús crucificado, que es toda mi esperanza; así espero tener entonces la suerte de entregar el alma en sus manos.

Entremos ahora en las reflexiones prometidas.

CAPÍTULO I

REFLEXIONES SOBRE LA PASIÓN DE JESUCRISTO EN GENERAL

I

Necesidad de un Redentor.— Peca Adán, rebélase contra Dios, y, por ser el primer hombre y padre de toda la humanidad, queda él perdido con todo el género humano. La injuria fue hecha a Dios, por lo que ni Adán ni el resto de los hombres podían con todos sus sacrificios, ni aun con el sacrificio de sus vidas, ofrecer digna satisfacción a la divina Majestad ofendida, para aplacarla cumplidamente era preciso que una persona divina satisficiera a la divina justicia. Y he aquí al Hijo de Dios, que, movido de compasión a los hombres e impelido por las entrañas de su misericordia, se brindó a revestirse de carne humana y a morir por ellos, para de este modo tributar a Dios cumplida satisfacción por todos sus pecados y alcanzarles la gracia divina perdida.

Vino, pues, al mundo el amoroso Redentor y quiso, al hacerse hombre, remediar todos los daños que el pecado había ocasionado. Y, a la vez, no sólo con sus enseñanzas, sí que también quiso con los ejemplos de su santa vida inducir a los hombres a observar los divinos preceptos, conquistando así la vida eterna. A tal fin renunció Jesucristo a todos los hono-

res, delicias y riquezas de que hubiera podido disfrutar en esta vida, eligiéndose otra humilde, pobre y atribulada, hasta morir de dolor en una cruz. Engañáronse los judíos al fantasear que el Mesías había de venir a la tierra triunfador de todos los enemigos con el poderío de sus armas, y después de haberlos aniquilado y conquistado el dominio de toda la tierra, había de enriquecer y ennoblecer a sus seguidores. Si el Mesías hubiera sido tal como los judíos lo imaginaban, príncipe triunfador y honrado por todos los hombres como soberano de toda la tierra, no habría sido el Redentor prometido por Dios y predicho por los profetas. El mismo lo declaró al contestar a Pilatos: *Mi reino no es de este mundo*. Por eso San Fulgencio reprochó a Herodes tanto temor de perder el reino por parte del Salvador, que había venido no a vencer a los reyes con las armas, sino a conquistarlos con su muerte.

Dos fueron los engaños de los judíos acerca del Redentor: el primero, pensar que los bienes predichos por los profetas (bienes espirituales y eternos), con los que el Mesías enriquecería a su pueblo, serían bienes terrenos y temporales. Los bienes prometidos por el Redentor son: la fe, la ciencia de la virtud, el santo temor de Dios; éstas fueron las riquezas de salvación prometidas. El Señor prometió también a los penitentes la curación de sus males, el perdón a los pecadores y la libertad a los esclavos de Satanás.

El segundo engaño en que cayeron los judíos fue el predicho por los profetas acerca de la segunda venida del Salvador, al fin de los siglos, a juzgar al mundo, tomándolo los judíos como dicho de la primera venida. Ciertamente que David había predicho del futuro Mesías que vencería a los príncipes de la tierra, abatiría la soberbia de muchos y con la fuerza de la espada

destruiría toda la tierra. Pero esto ha de entenderse de la segunda venida, cuando venga como juez a condenar a los malvados.

Verdadero carácter del mesías.— En cuanto a la primera venida de Nuestro Señor, en que había de consumir la obra de la redención, sobrado claramente predijeron los profetas que el Redentor viviría vida pobre y despreciada. He aquí lo que escribe el profeta Zacarías, hablando de la vida plagada de humillaciones de Jesucristo: *He aquí que tu Rey llega a ti; es justo y victorioso, humilde y montado sobre un asno, sobre un pollino de cría de asnas*, lo que se realizó de modo particular cuando entró Jesús en Jerusalén montado sobre un asnillo y fue recibido honrosamente cual anhelado Mesías, como dice San Juan: *Hallando Jesús un asnillo, montó sobre él, según está escrito: No temas, hija de sión; mira, tu Rey viene montado sobre un pollino de asna*. Sabemos que fue pobre desde su nacimiento en Belén, humilde ciudad, y dentro de una cueva: *Mas tú, Belén Efratá, la más pequeña entre las regiones de Judá, de ti me saldrá quien ha de ser dominador en Israel, cuyos orígenes vienen de antiguo*; profecía que anota San Mateo y San Juan. Además, el profeta Oseas escribió: *De Egipto llamé a mi hijo*, como se verificó cuando Jesucristo, niño aún, fue llevado a Egipto, donde vivió siete años como extranjero, en medio de bárbaras gentes, lejos de parientes y amigos, por lo que forzosamente hubo de vivir muy pobremente. Y cuando retornó a Judea continuó la pobreza de su vida. Ya había predicho frecuentemente, por boca de David, que durante toda su vida había de ser pobre y lleno de fatigas.

Dios no podía ver plenamente satisfecha su justicia con todos los sacrificios que le hubieran ofrecido los

hombres, aun de sus vidas, y por eso dispuso que su Hijo tomara carne humana y alcanzarles así la salvación: *Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me diste un cuerpo a propósito.* Y el unigénito Hijo consintió de buen grado en sacrificarse por nosotros y bajó a la tierra para inmolarse con su muerte y llevar a cabo la obra de la redención.

Dijo el Señor, hablando a los pecadores: *¿Para qué se os va a golpear más?*; y lo decía para darnos a entender que, por mucho que castigara a los que le ofenden, todos los castigos no llegarían a reparar su ofendido honor; de aquí que mandara a su mismo Hijo a satisfacer por los pecados de los hombres, porque su Hijo tan sólo podía satisfacer plenamente a la divina justicia. Por esta razón declaró por Isaías, hablando de Jesús, víctima de nuestros pecados: *Por el crimen de mi pueblo fue herido de muerte.* Y no se contentó con una satisfacción cualquiera, sino que quiso verlo gastado por los tormentos.

¡Oh Jesús mío, oh víctima de amor, consumida por los dolores en la cruz para saldar la deuda de mis pecados!, quisiera morir de dolor al pensar en las veces que os ofendí, después de haberme vos amado tanto. No permitáis que viva aún ingrato a tanta bondad. Unidme por completo a vos y hacedlo por los méritos de la sangre por mí derramada.

II

Jesucristo nos quiso redimir por el camino de la cruz.— Cuando el Verbo divino se brindó a redimir a los hombres, se le presentaron dos caminos para conseguirlo, uno de gozo y de gloria, y el otro de penas y vituperios. Mas quien con su venida no sólo quería

librar a los hombres de la muerte eterna, sino también conquistarse el amor de todos los corazones humanos, rechazó la vida de gozo y de gloria y eligió la de penas y vituperios. Por lo tanto, para satisfacer por nosotros a la divina justicia y a la vez para inflamarnos en su santo amor, quiso cargar con todas nuestras deudas y, muriendo en la cruz, alcanzarnos la gracia y la vida bienaventurada, según se expresa Isaías: *Nuestros sufrimientos él los ha llevado, nuestros dolores él los cargó sobre sí.*

El Antiguo Testamento trae dos figuras expresas de esto: la primera la ceremonia que se usaba todos los años con el *macho cabrio emisario*, sobre el cual cargaba el sumo sacerdote de maldiciones, le arrojaban a la selva para que allí viviese como objeto de la divina ira. Este animal figura de nuestro Redentor, que quiso cargar con todas las maldiciones que por nuestras culpas merecíamos, *hecho por nosotros objeto de maldición*, o por mejor decir, la misma maldición; y todo para alcanzarnos la bendición divina. Por esto escribe en otro lugar el Apóstol: *Al que no conoció pecado, por nosotros le hizo pecado, a fin de que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en El.* Es decir, como explican San Ambrosio y San Anselmo: quien era la misma inocencia apareció a los ojos de Dios como si fuese el mismo pecado; o mejor, vistió el traje de pecador, queriendo padecer las penas que debíamos pagar los pecadores para alcanzarnos el perdón y hacernos justos ante Dios.

La segunda figura del sacrificio que Jesucristo ofreció por nosotros al Eterno Padre en la cruz fue la de la *serpiente de bronce*, puesta en un madero, con cuya mirada curaban los hebreos mordidos de serpientes venenosas. San Juan escribía luego: *Y como Moisés puso en alto la serpiente en el desierto, así es*

necesario que sea puesto en alto el Hijo del hombre, para que todo el que crea en El alcance la vida eterna.

Nótese con qué claridad se predice la muerte ignominiosa de Jesucristo en el libro de la Sabiduría. Aunque las palabras de este segundo capítulo puedan aplicarse a la muerte de todo justo, sin embargo, dicen Tertuliano, San Cipriano, San Jerónimo y muchos otros Santos Padres que principalmente se aplican a la muerte de Cristo. *Que si el justo es Hijo de Dios —se lee en libro de la Sabiduría—, él le protegerá y le libraré de manos de sus adversarios.* Los judíos escogieron para Jesucristo la muerte de cruz, como la más ignominiosa, para que su nombre fuera infame para siempre y ni siquiera se le nombrase ya, como había dicho Jeremías: *Destruyamos el árbol con su fruto, borremoslo de la tierra de los vivos y no se miente más su nombre.* Pues bien, ¿cómo podrán hoy día negar los judíos que Jesucristo sea el Mesías prometido, habiendo muerto con muerte afrentosísima, cuando los mismos profetas predijeron esa muerte?

Jesucristo murió para expiar nuestros pecados.— El redentor aceptó muerte tan ignominiosa porque moriría para pagar nuestros pecados, y por eso quiso ser circuncidado cual pecador, ser rescatado en su presentación en el templo, recibir el bautismo de penitencia de manos del Bautista, y, finalmente, en su pasión, quiso que le clavarán en la cruz para pagar nuestras malditas licencias: quiso con su desnudez pagar nuestra avaricia, con sus humillaciones nuestra soberbia, con su obediencia a los verdugos nuestras ambiciones de dominio, con sus espinas nuestros malos pensamientos, con su hiel nuestras intemperancias y con los dolores de su cuerpo nuestros sen-

suales placeres. De ahí que, con lágrimas de ternura, deberíamos agradecer al Padre habernos dado a su inocente Hijo para que con su muerte nos librase de la muerte eterna: *Quien a su propio Hijo no perdonó, antes por nosotros todo lo entregó, ¿cómo no juntamente con El nos dará de gracia todas cosas?* Y San Juan añade: *Así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo unigénito.* La misma santa Iglesia, en el *Exultet* del sábado santo, dice: «¡Oh admirable dignación de tu piedad para nosotros! ¡Oh inestimable amor de los amores, que para salvar al siervo entregaras al Hijo». ¡Oh misericordia infinita! ¡Oh amor infinito de nuestro Dios! ¡Oh santa fe! Quien esto cree y confiesa, ¿cómo puede vivir sin abrasarse de santo amor hacia este Dios tan amante y tan amable?

¡Oh Dios eterno!, no me miréis a mí, tan cargado de pecados; mirad a vuestro inocente Hijo pendiente de una cruz, ofreciéndoo tantos dolores y oprobios para que tengáis compasión de mí. La compasión que yo quiero es que me deis vuestro santo amor. Atraedme por completo a vos del lodo de mis bajezas. Abrasad, fuego consumidor, cuanto veáis impuro en mi alma que la impida ser toda vuestra.

Agradezcamos al Padre y agradezcamos igualmente al Hijo, que se vistió de nuestra carne y a la vez tomó sobre sí nuestros pecados para dar a Dios, con su pasión y muerte, cumplida satisfacción. Por eso dice el Apóstol que Jesucristo se hizo nuestro fiado, es decir, que se obligó a saldar nuestras deudas. El, como mediador entre Dios y los hombres, hizo un pacto con Dios, por el que se obligó a satisfacer por nosotros a la divina justicia y nos prometió de parte de Dios la vida eterna. El Eclesiástico nos exhortó de antemano a no olvidarnos del beneficio de este divino fiador, que para alcanzarnos la salvación quiso

sacrificar su vida. Y para mejor asegurarnos el perdón, dice San Pablo que Jesucristo canceló con su sangre el decreto de nuestra condenación, en que estaba escrita contra nosotros la sentencia de muerte eterna, y lo fijó en la cruz, en que murió satisfaciendo por nosotros a la divina justicia.

Por favor, Jesús mío, en vista del amor que os hizo prodigar sangre y vida sobre el Calvario por mí, haced que yo muera a todo efecto terreno: haced que lo olvide todo para no pensar más en amaros y agradaros. ¡Oh Dios mío, digno de infinito amor!, vos me habéis amado sin reserva, y sin reserva quiero amaros yo. Os amo, sumo bien mío; os amo, amor mío y mi todo.

III

La muerte de Cristo es nuestra salvación.— En suma, todo el bien que podemos tener, toda salvación y toda esperanza, todo en absoluto lo debemos a los méritos de Jesucristo, como dice San Pedro: *Y no se da en otro ninguno la salud, puesto que no existe debajo del cielo otro nombre, dado a los hombres, en el cual hayamos de ser salvos.* De modo que no tenemos esperanza de salvación más que en los méritos de Jesucristo; de lo que concluye Santo Tomás, con todos los teólogos, que, después de la promulgación del Evangelio, hemos de creer explícitamente, no sólo como necesidad de precepto, sino también de medio, que sólo podemos salvarnos por medio de nuestro Redentor.

Todo el fundamento, por tanto, de nuestra salvación, está en la humana redención, llevada a cabo en la tierra por el Verbo divino. Nótese, en cuanto a las

obras de Jesucristo en la tierra, que, por ser obras de una persona divina, tuvieron mérito infinito, de suerte que aun la menor de ellas bastaba a satisfacer a la divina justicia por todos los pecados de los hombres, y, sin embargo, la muerte de Jesucristo fue el gran sacrificio que terminó nuestra redención; de ahí que en las Sagradas Escrituras se atribuya principalmente la obra de la humana redención a la muerte por El padecida en la cruz. Y añade el Apóstol que al recibir la sagrada Eucaristía debemos evocar la muerte y no la encarnación, el nacimiento o la resurrección. Porque la muerte, por ser el suplicio más humillante y doloroso de Jesucristo, puso el sello a la obra de la redención.

Y seguía San Pablo: *Resolví no saber cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado*. Sobrado conocido tenía el Apóstol que Jesucristo había nacido en una gruta, que había vivido treinta años en un taller, que había resucitado y subido al cielo. ¿Por qué, pues, escribe que no quiere saber nada más que a Jesús crucificado? Porque la muerte padecida por Jesucristo en la cruz era la que más le movía a amarlo, a obedecerle, a ejercer la caridad con el prójimo y la paciencia en las adversidades, virtudes que de modo especial practicó y enseñó Jesucristo en la cátedra de la cruz. Santo Tomás dijo «que en la cruz se halla el remedio en las tentaciones, la obediencia a Dios, la caridad con el prójimo y la paciencia en las adversidades; que por eso dijo San Agustín: «La cruz no fue sólo patíbulo donde Cristo padeció, sino también cátedra donde enseñó».

La pasión de Cristo, motivo de confianza y de amor.— Procuremos, almas piadosas, imitar a la Esposa de los Cantares, que decía: *A su sombra estoy sentada, como deseé*. Tengamos a menudo ante los

ojos, particularmente los viernes, a Jesús expirando en la cruz, y detengámonos a considerar con ternura, por espacio de algún tiempo, sus dolores y el afecto que nos mostró cuando agonizaba en aquel lecho de dolor. Repitamos también nosotros: *A su sombra estoy sentada, como deseé.* ¡Qué tranquilo descanso hallan las almas amantes de Dios entre el tumulto del mundo, las tentaciones del infierno y hasta el temor del divino juicio, cuando se detienen a contemplar a solas y en silencio a nuestro amoroso Redentor agonizando en la cruz y cómo su sangre corría gota a gota de sus miembros heridos y abiertos por los azotes, las espinas y los clavos! Y ¡cómo a vista de Jesús crucificado se desvanecen del pensamiento todos los deseos de honra mundana, de riquezas terrenas y de placeres de los sentidos! Entonces brota de la cruz una como aura celeste que nos desprende con suavidad de las cosas terrenas y enciende en nosotros santo deseo de padecer y morir por amor de quien tanto quiso padecer y morir por nosotros.

Si Jesucristo, en vez de ser lo que es, Hijo de Dios y verdadero Dios, Creador nuestro y supremo Señor, fuera solamente un simple mortal, ¿quién no se compadecería viendo un joven de noble sangre, inocente y santo, morir a puro tormentos en infame leño, en pena no de sus delitos, sino de los de sus enemigos, y así librarlos de la muerte por ellos merecida? ¿Cómo habrá, pues, corazones que resistan al amor de un Dios que muere en un mar de desprecios y dolores por amor de sus criaturas? Y ¿cómo podrán estas criaturas amar otra cosa, fuera de Dios? ¿Cómo pensarán en ser agradecidas a otros y no a este su amante bienhechor?

¡Oh si conocieras el misterio de la cruz!, decía San

Andrés al tirano que pretendía hacerle renegar de Jesucristo por haber muerto crucificado como malhechor. ¡Oh si conocieras, tirano, el amor que te manifestó Jesucristo muriendo en la cruz para satisfacer tus pecados y alcanzarte una felicidad eterna, ciertamente no te cansarías en persuadirme renegara de El, sino que tú mismo abandonarías cuanto tienes y esperas en la tierra, para complacer y contentar a un Dios que tanto te amó! Así obraron tantos santos y tantos mártires, que lo abandonaron todo por Jesucristo. Grande debiera ser nuestra vergüenza al ver cuántas tiernas virgencitas renunciaron las bodas con príncipes y las riquezas reales y todas las delicias terrenas, para sacrificar voluntariamente su vida y testimoniar de alguna manera su afecto al amor que les demostró este Dios crucificado. ¿Cómo se explica, pues, que muchos cristianos se impresionen tan poco ante la pasión de Jesucristo? La razón es que pocos son los que se detienen a considerar cuánto padeció Jesucristo por nuestro amor.

¡Ah, Redentor mío!, también yo me he contado entre estos ingratos. Vos sacrificasteis vuestra vida en la cruz para no verme perdido, y yo tantas veces quise perderos a vos, bien infinito, perdiendo vuestra gracia. Ahora el demonio, trayéndome la memoria de mis pecados, querría hacerme creer que es muy difícil mi salvación; mas la vista de vos crucificado, Jesús mío, me asegura de que no me arrojéis de vuestra presencia, si me arrepiento de haberos ofendido y quiero amaros. Sí, me arrepiento y quiero amaros de todo corazón. Detesto aquellos malditos placeres que me hicieron perder vuestra gracia. Os amo, amabilidad infinita, y quiero amaros siempre, y la memoria de mis pecados me servirá para inflamarme más en vuestro amor, ya que os dignasteis buscarme cuando

de vos huía. No; ya no quiero separarme más de vos ni dejar de amaros, Jesús mío.

¡Oh María, refugio de pecadores!, vos que tanto participasteis de los dolores de vuestro Hijo en su muerte, rogadle que me perdone y me otorgue la gracia de amarlo.

CAPÍTULO II

DE LOS TRABAJOS PARTICULARES QUE PADECIÓ JESUCRISTO EN SU PASIÓN

I. Abatimientos del Redentor

Consideremos los trabajos particulares que padeció Jesucristo en su pasión, y que muchos siglos antes fueron predichos por los profetas, especialmente por Isaías, en el capítulo 53. Este profeta, según dicen San Ireneo, San Justino, San Cipriano y otros, habló tan a claras de los trabajos de nuestro Redentor, que se diría ser otro evangelista, por lo que decía San Agustín que sus palabras, tocante a la pasión de Jesucristo, más que de explicaciones de sagrados intérpretes, precisan meditarlas entre sollozos; y Hugo de Grocio escribe que hasta los antiguos judíos no pudieron negar que Isaías hablase del Mesías prometido, y precisamente en el capítulo 53. Hubo quien quiso aplicar los pasajes de Isaías a otros personajes nombrados en la Sagrada Escritura, y no a Jesucristo; pero dice Grocio: «¿A qué rey o a qué profeta se le pueden aplicar estos pasajes? Ciertamente a ninguno». Así escribe este autor, que también intentó más de una vez aplicar a otros las profecías que hablan del Mesías.

Comienza Isaías preguntando: *¿Quién ha creído nuestra noticia?; y el brazo de Yahveh, ¿sobre quién*

se ha revelado? Esto se verificó cuando, como dice San Juan, los judíos, no obstante los múltiples milagros obrados por Jesucristo, que lo presentaban como el verdadero Mesías, mandado por Dios, se negaron a creer en El: *Habiendo obrado tan grandes maravillas en presencia de ellos, no creían en El, para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías, cuando dijo: «Señor, ¿quién dio fe a nuestro mensaje? Y ¿a quién ha sido revelado el brazo del Señor?»* ¿Quién creerá, decía Isaías, a cuanto tenemos oído? ¿Quién conoce el brazo, es decir, el poder del Señor? Palabras con que predecía Isaías la obstinación de los judíos en tomar a Jesucristo como Redentor. Fantaseaban ellos que el Mesías había de venir a la tierra con gran pompa, para hacer gala de poderío entre la nobleza; que triunfaría de sus enemigos y así colmaría de riquezas y honores al pueblo judío; pero no; el profeta continúa el pensamiento anterior con el siguiente: *Creció como un pimpollo delante de El, como raíz de tierra seca.* Pensaban los judíos que el Salvador había de aparecer con la arrogancia del cedro del Líbano; pero Isaías predijo que había de aparecer cual humilde arbolillo o cual raíz que brota de tierra árida, despojada de toda belleza y esplendor: *No tiene apariencia ni belleza para que nos fijemos en él.*

Prosigue Isaías describiendo la pasión del Señor: *No tiene aspecto para que en él nos complazcamos.* Lo contemplamos, quisimos reconocerlo, y no nos fue posible, ya que no vimos sino un hombre, el más despreciado y vil de la tierra, un varón de dolores.

Adán, negándose soberbiamente a obedecer el divino mandato, acarreó la ruina a todos los hombres, por lo que el Redentor quiso con su humildad poner remedio a tamaño mal, contentándose con ser trata-

do como el último y más abyecto de los hombres, es decir, cayendo en el postrer grado de abatimiento. De aquí que San Bernardo exclame: «¡El Altísimo sumido en tan gran bajeza! ¡El sublime caído en tal humillación! ¡La gloria de los ángeles hecha ludibrio de los hombres! ¡Nadie como El tan sublime y nadie como El tan humillado!» Por lo cual, continúa el Santo, si el que es el primero de todos lo seres quiso aparecer como el más humillado de todos, hemos de ambicionar el lugar postrero, con temor de ser preferidos al más pequeño.

Y yo, Jesús mío, que temo ser pospuesto a uno solo y quisiera adelantarlos a todos... Señor, dadme humildad. Vos, Jesús mío, abrazasteis con tanto amor los desprecios para enseñarme la humildad y amor a la vida oscura y despreciada, y yo quiero ser estimado de todos y figurar en todo... No permitas que viva más ingrato al amor que me profesasteis, y, pues sois omnipotente, tornadme humilde, santo y todo vuestro.

II. Humillaciones y sufrimientos de Jesucristo

Isaías llama al Redentor *varón de dolores*, y bien se le aplica a Jesucristo el texto de Jeremías: *Grande como el mar es tu quebranto*. Como en el mar se citan todas las aguas de los ríos, así en el corazón de Cristo se reunieron, para atormentarlo, todos los dolores de los enfermos, todas las penitencias de los anacoretas y todos los despedazamientos y ultrajes que padecieron los mártires; fue colmado de dolores en el alma y en el cuerpo. Padre mío, decía nuestro Redentor por boca de David, estrellaste sobre mí todas las olas de tu indignación, por lo que al morir

decía que agonizaba en un mar de dolores y de ignominias. Escribe el Apóstol que Dios, cuando envió al Hijo a que expiara con su sangre las penas merecidas por nuestros pecados, quiso con ello patentizar lo grande de su justicia: *Al cual (a Cristo Jesús) exhibió Dios como monumento expiatorio, mediante la fe, en su sangre, para demostración de su justicia.* Nótese la expresión *para demostración de su justicia.*

Para darse una idea de lo que Jesús padeció en su vida y especialmente luego en su muerte hay que tener en cuenta lo que el mismo Apóstol trae en su Carta a los Romanos: *Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado y como víctima por el pecado, condenó al pecado en la carne.* Al ser enviado Jesucristo a redimir al hombre, se revistió de nuestra carne, inficionada por el pecado de Adán, y, aun cuando no contrajo la mancha del pecado, con todo, cargó con las miserias contraídas por la naturaleza humana en pena del pecado y se ofreció al Padre Eterno a satisfacer con sus penalidades a la divina justicia por todas las deudas del género humano; y el Padre, como escribe Isaías, *hizo que le alcanzara la culpa de todos nosotros.* Mira, por ende, a Jesús cargado con todas las blasfemias, todos los sacrilegios, obscenidades, hurtos, crueldades y con todas las maldades cometidas y que aun pueden cometer los hombres. Miralo, en una palabra, hecho objeto de todas las divinas maldiciones que se habían acarreado los hombres por sus crímenes: *Cristo nos rescató de la maldición de la ley, hecho por nosotros objeto de maldición.*

Dolores exteriores de Cristo.— De lo anteriormente expuesto concluye Santo Tomás que tanto los dolores interiores como los exteriores de Jesucristo excedieron a cuantos se pueden padecer en esta vida. En

cuanto a lo que al dolor exterior del cuerpo atañe, baste saber que el Padre dotó a Jesucristo de cuerpo hecho a propósito para padecer, por lo que éste dijo: *Me diste un cuerpo a propósito*. Nota Santo Tomás que nuestro Señor padeció dolores y tormentos en todos sus sentidos: padeció en el tacto, porque le fueron desgarradas las carnes; padeció en el gusto con la hiel y vinagre; padeció en el oído con las blasfemias y burlas; padeció en la vista con sólo mirar a la Madre, que asistía a su muerte. Padeció también en todos sus miembros: atormentáronle la cabeza con espinas, las manos y pies con clavos, el rostro con bofetadas y salivas y todo el cuerpo con la flagelación, en que se verificó la profecía de Isaías de que el Redentor había de parecer en su pasión como un leproso que no tiene parte sana e inspira horror a quien lo mira, al verle tan plagado de llagas desde los pies a la cabeza. Basta decir que Pilatos, contemplando a Jesús después de la flagelación, creyó que los judíos lo librarían de la muerte cuando lo presentara al pueblo desde el balcón, diciendo: *Ved aquí al hombre*.

Nota San Isidoro que el resto de los hombres, cuando el dolor es intenso y prolongado, por su misma intensidad, sienten embotado el sentido por el dolor. Pero en Jesucristo no aconteció así: los postremos dolores fueron tan ásperos como los primeros, y los primeros latigazos de la flagelación fueron tan dolorosos como los últimos; sí, porque la pasión de nuestro Redentor no fue obra de los hombres, sino de la justicia divina, que quería castigar al hijo con todo el rigor que merecían los pecados de los hombres.

De manera, Jesús mío, que en vuestra pasión quisisteis cargar con todas las penas que yo merecía por mis pecados, por lo que, si yo os hubiese ofendido menos, menos hubierais vos padecido en vuestra

muerte. Sabiendo esto, ¿viviré en adelante sin amaros y sin llorar continuamente las ofensas que os hice? Jesús mío, me arrepiento de haberos menospreciado y os amo sobre todas las cosas. Por favor, no me rechazéis, como tengo merecido; recibidme en vuestro amor, ya que ahora os amo y no quiero amar nada fuera de vos. Harto ingrato sería si, después de tantas misericordias como conmigo usasteis, amara aún algo fuera de vos.

III. Jesucristo sufrió voluntariamente por nosotros

Todo lo profetizó Isaías con estas palabras: *Nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Fue traspasado por causa de nuestros pecados, molido por causa de nuestras iniquidades; el castigo de nuestra paz cayó sobre él, y por sus verdugones se nos perdonó. Todos nosotros como ovejas errábamos, cada uno a su camino nos volvíamos, mientras Yahveh hizo que le alcanzara la culpa de todos nosotros.* Y Jesús, lleno de caridad, se ofreció voluntariamente y sin réplica a los designios del Padre, que quería sacrificarlo a manos de los verdugos, para que le atormentaran a su placer: *Fue maltratado, mas él se doblegó y no abre su boca; como cordero llevado al matadero y cual oveja entre sus esquiladores enmudecida, y no abre su boca.* Como el corderillo que se deja trasquilar sin quejarse, nuestro amoroso Redentor en su pasión se dejó trasquilar, no ya la lana, sino la piel, sin proferir ni una queja.

¿Qué obligación tenía El de expiar nuestras culpas? Sin embargo, quiso cargar con ellas para librar-nos de la condenación eterna; agradezcámoselo y digámosle: *(Has librado) mi vida de la hoya de perdi-*

ción; te has echado a la espalda todos mis pecados. Haciéndose de ese modo Jesús voluntario deudor, por su bondad, de nuestras deudas, quiso sacrificarse completamente por nosotros, hasta ofrecer la vida entre los dolores de la cruz, como lo declaró por San Juan: Yo doy mi vida... Nadie me la quita, sino que yo por mí mismo la doy.

IV. De los extremados sufrimientos de Jesucristo

Hablando San Ambrosio de la pasión de Nuestro Señor, escribe que Jesucristo, en los dolores por nosotros padecidos, tuvo quien le imitara, pero no quien la igualara. Procuraron los santos imitar a Jesucristo en sus padecimientos para asemejársele, pero ¿quién de ellos logró, ni de lejos, igualarlo en sus sufrimientos? Cristo padeció por nosotros, a buen seguro, más de cuanto padecieron todos los penitentes, todos los anacoretas y todos los mártires, porque Dios le encargó satisfacer cumplidamente a su divina justicia por todos los pecados de los hombres: *Yahveh le plugo destruirle con padecimiento.*

Leyendo el martirologio, diríase que algunos mártires sufrieron dolores más acerbos que los que sufrió Jesucristo; con todo, al decir de San Buenaventura, no hubo dolor de mártir alguno que pudiera igualar en vivacidad a los dolores de nuestro Salvador, que fueron los dolores más agudos. Santo Tomás opina que el dolor sensible de Cristo fue el mayor que se pueda padecer en la vida. Por eso escribe San Lorenzo Justiniano que Nuestro Señor en cada tormento que sufrió, por razón de lo intenso y acervo del dolor, padeció todos los suplicios de los mártires. Todo esto estaba predicho en breves palabras, cuan-

do el rey David, hablando de Cristo, escribía: *Sobre mi tu furor está pesando... Sobre mi han pasado tus furores*. De manera que toda la ira divina, excitada por nuestros pecados, descargó sobre la persona de Jesucristo. Entiéndase de igual manera lo que de El dice el Apóstol: *Cristo... hecho por nosotros objeto de maldición*. Jesús se trocó en la maldición —como se lee en el texto griego—, esto es, en el objeto de todas las maldiciones merecidas por nuestros pecados.

V. Dolores interiores del Salvador

Hasta ahora sólo hemos hablado de los dolores exteriores de Jesucristo, pero ¿quién será capaz de explicar, ni siquiera comprender, los dolores corporales? Tales fueron estas penalidades internas, que en el huerto de Getsemaní le hicieron sudar sangre de todos sus poros, forzándole a exclamar que bastaban ellas para causarle la muerte: *Triste en gran manera está mi alma hasta la muerte*. Mas ¿por qué no murió, cuando la tristeza bastaba a arrebatarse la vida? No murió, responde Santo Tomás, porque El mismo impidió la propia muerte, reservándose el entregar la vida poco después en el patíbulo de la cruz. La tristeza mortal del huerto la había ya padecido Jesucristo durante toda su vida, dado que siempre tuvo ante los ojos las causas de sus dolores internos, una de las cuales, la más aflictiva, fue la consideración de la ingratitud de los hombres al amor que les patentizaría en la pasión.

Cierto que en el huerto bajó un ángel a confortar al Redentor, como dice San Lucas: *Y se le apareció un ángel venido del cielo, que le confortaba*; pero cierto también, según el venerable San Beda, que este alien-

to, lejos de disminuir, aumentó el dolor de Cristo, porque el ángel reanimó sus fuerzas para que padeciese con más constancia por la salvación del hombre; de donde concluye Beda que si el ángel animó a Jesús a padecer, representándole la magnitud de los bienes que de su pasión se reportarían, ello no disminuía ni en un punto de la magnitud del dolor. Por eso, inmediatamente después de la aparición del ángel, el evangelista escribe que Jesucristo, *venido en agonía, oraba más intensamente. Y se hizo su sudor como grumos de sangre, que caían hasta el suelo.*

Según San Buenaventura, el dolor de Jesucristo alcanzó entonces el sumo grado, de modo que el afligido Señor, al ver las penalidades que había de padecer al fin de su vida, se impresionó tanto, que llegó a suplicar al Eterno Padre le librase de ellas: *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz*; aun cuando esto decía no para librarse de las penalidades a que se había ofrecido, sino para darnos a entender las angustias de alma que experimentaba al tener que pasar por una muerte tan amarga a la naturaleza. Con todo, dominando la razón a los sentidos, tanto para secundar la voluntad del Padre como para alcanzar nuestra salvación, por la que tanto suspiraba, añadió inmediatamente: *Mas no como yo quiero, sino como quieres tú*; y de esta suerte prosiguió orando durante tres horas: *Y oraba diciendo...: Oró por tercera vez...*

VI. Frutos de la muerte de Jesucristo

Prosigamos con las predicciones de Isaías. Predijo las bofetadas, puñetazos, esputos y demás infames tratamientos padecidos por Jesucristo en la víspera de su muerte de parte de los verdugos, que lo tuvieron

encarcelado en el palacio de Caifás, para llevarlo a la mañana siguiente a que Pilatos lo condenase a muerte de cruz: *Mi espalda ofrecí a los que golpeaban, y mis mejillas, a quienes, mesaban la barba; mi rostro no hurté a la afrenta y al salivazo.* También estos malos tratos fueron descritos por San Marcos, quien llega a decir que los verdugos, tratando a Jesús como falso profeta, para escarnecerlo vendáronle los ojos y lo abofetearon y dieron empujones, importunándole a que adivinara quién le había sacudido: *Y comenzaron algunos a escupirle, y a envolverle el rostro, y a darle puñadas, y a decirle: «Profetiza»; y los criados le recibieron a bofetadas.*

Continúa Isaías hablando de la muerte de Jesucristo, y dice: *Como cordero llevado al matadero.* Cuentan los Actos de los Apóstoles que el ministro de la reina Candace, eunuco, leyendo este pasaje de Isaías, preguntó a San Felipe (quien se le había unido en el viaje por inspiración divina) a quién se aplicaban estas palabras de Isaías, aprovechando el santo apóstol para explicarle todo el misterio de la redención obrada por Jesucristo. El eunuco, iluminado por luz celestial, pidió inmediatamente el bautismo.

El profeta termina prediciendo el extraordinario fruto que el mundo reportaría de la muerte del Salvador, de la que nacerían espiritualmente muchos santos: *Cuando él ponga su vida como medio expiatorio, verá descendencia, prolongará sus días...; por medio de su conocimiento, mi siervo, el justo, justificará a muchos».*

VII. Profecías mesiánicas de David

También David predijo otras circunstancias particulares de la pasión de Jesucristo, especialmente en el salmo 21, en que habló de las manos y pies taladrados y cómo se podrían contar al Redentor todos sus huesos: *Taladraron mis manos y mis pies; cuento todos mis huesos*. Anunció que antes de la crucifixión le quitarían los vestidos para sortearlos entre los verdugos, y que la túnica interior, inconsútil, había de ser sorteada: *Repártense entre sí mis vestiduras y echan sobre mí túnica las suertes*. De esta profecía se hacen eco San Mateo y San Juan.

Además, San Mateo nos recuerda las blasfemias y burlas de los judíos contra Jesús, pendiente de la cruz: *Y los que por allí pasaban le ultrajaban moviendo sus cabezas y diciendo: «Tú, el que destruye el santuario y en tres días le reedifica, sálvate a ti mismo, si es que eres Hijo de Dios, y baja de la cruz»*. De semejante manera también los sumos sacerdotes, a una con los escribas y ancianos, en son de burla, decían: *«A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse; Reyes de Israel, baje ahora de la cruz, y nos comprometemos a creer en él. Ha puesto en Dios su confianza; librole ahora si de verdad le quiere; como que dijo De Dios soy Hijo»*. Casi todos estos detalles los predijo compendiosamente David al decir: *Todos cuantos me ven, de mí se mofan, tuercen los labios, mueven la cabeza. Confió en el Señor, pues que el le libre; ya que en El se complace, que le salve*.

Predijo también David la gran pena que había de sufrir Jesús al verse en la cruz abandonado de todos, y hasta de sus discípulos, fuera de San Juan y de la Santísima Virgen; pero la presencia de esta Madre querida no disminuía las penas del Hijo, sino que las

aumentaba, por la compasión que excitaba en su corazón al verla tan afligida por su muerte. Por manera que el pobre Señor no tuvo quien lo consolase en sus angustias mortales, como lo profetizó David: *Y esperaré a un compasivo, y no lo hubo; y a los consoladores, y no hallé*. Pero el tormento mayor que afligió a nuestro Redentor fue el verse abandonado hasta del Eterno Padre, lo que le hizo exclamar, según David: *Mi Dios, mi Dios, ¿por qué me abandonaste? Alejado estás de mis plegarias, de las palabras del rugido mío*. Como si dijera: Padre mío, los pecados de los hombres, que llamo míos, porque con ellos cargué, me impiden verme libre de estos tormentos, que me están quitando la vida, y vos, Dios mío, ¿por qué en tal desolación me abandonáis? Con estas palabras de David están acordes las de San Mateo cuando cuenta cómo Jesús exclamaba poco antes de morir: *Eli, Eli, lamma sabachthani, esto es, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?*

VIII. Jesucristo, verdadero Mesías. Sobreabundancia de sus méritos

De todo lo cual se deduce cuán desacertados anduvieron los judíos en negarse a reconocer como su Mesías al Salvador por haber muerto con muerte tan ignominiosa. Pero y ¿por qué no reconocerán que si Jesucristo, en lugar de morir como reo en una cruz, hubiera muerto con muerte gloriosa y triunfante ante los hombres, no habría sido el Mesías prometido por Dios y predicho por los profetas, quienes desde tantos siglos antes habían prefijado que nuestro Redentor moriría saciado de oprobios? *Ofrezca la mejilla al que le hiere, hártese de oprobios*. Todas estas humi-

llaciones y padecimientos de Jesucristo, ya predichos por los profetas, no fueron comprendidos ni por los discípulos hasta luego de la resurrección y ascensión a los cielos: *Estas cosas no las conocieron sus discípulos desde un principio, sino que, cuando fué glorificado Jesús, entonces recordaron que tales cosas estaban escritas sobre él, y éstas fueron las que con él hicieron.*

En fin, con la pasión de Jesucristo, sufrida con tantos dolores e ignominias tantas, se verificaron las palabras de David: La justicia y la paz se besarán. Y se besaron la paz y la justicia, porque los hombres, por los méritos de Jesucristo, alcanzaron la paz con Dios, y, por otra parte, con la muerte del Redentor quedó sobreabundantemente satisfecha la divina justicia. Digo sobreabundantemente porque para rediminos no era necesario que Jesucristo padeciese tantos ultrajes y oprobios, sino que bastaba, como vulgarmente se dice, una sola gota de su sangre, una sencilla oración para salvar al mundo; pero El, para acrecentar nuestra esperanza y para inflamarnos más y más en su amor, quiso que nuestra redención fuese no sólo suficiente, sino también sobreabundante, como predijo David: Más que los centinelas por la aurora, espere Israel por el Señor. Porque hay en el Señor misericordia y hay en El abundante redención.

Y esto lo declaró claramente Job cuando, al hablar en la persona de Cristo, dijo: *¡Ojalá pudiera pesarse puntualmente mi disgusto, y mi infortunio se pusiera a un tiempo en balanza! ¡Porque él es más pesado que la arena de los mares!.* Aquí Jesús llamó, por boca de Job, suyos nuestros pecados, puesto que se había ofrecido a satisfacer por nosotros para revestirnos de su justicia. «Jesucristo —dice San Agustín— hizo suyos nuestros delitos para poder revestirnos de

su justicia». La *Glosa* comenta el texto de Job, diciendo que en la balanza de la justicia divina más pesa la pasión de Cristo que todos los pecados de la naturaleza humana. La vida de todos los hombres no era suficiente para satisfacer por un solo pecado, pero las penas de Jesucristo ganaron por todas nuestras culpas: *Y El es propiciación por vuestro pecados*.

Por eso anima San Lorenzo Justiniano a los pecadores sinceramente arrepentidos a esperar ciertamente el perdón por los méritos de Jesucristo, con estas palabras: «Mide tus delitos según las aflicciones de Cristo»; como si dijese: Pecador, no quieras medir tus culpas por la grandeza de tu arrepentimiento, porque todas tus acciones no te pueden alcanzar el perdón, sino mídelas con las penas de Jesús, y así es como debes esperar el perdón, porque tu Redentor pagó con creces por ti.

¡Oh Salvador del mundo!, en vuestras carnes, desgarradas por los azotes, las espinas y los clavos, reconozco el amor que me habéis tenido y la ingratitud con que os pagué, injuriándoos tanto después de tanto amor; pero vuestra sangre es mi esperanza, pues con su precio me librasteis del infierno siempre que lo merecí. ¡Oh Dios!, ¿qué hubiera sido de mí por toda la eternidad si no hubieseis pensado en salvarme con vuestra muerte? Bien sabía yo, desventurado de mí, que, perdiendo vuestra gracia, me condenaba por mí mismo a vivir siempre separado de vos en el infierno, con las desesperaciones del apartamiento, y, con todo, me atreví osadamente a volveros las espaldas! Pero me complazco en repetirlo: vuestra sangre es mi esperanza. ¡Ojalá hubiese muerto antes que ofenderos! ¡Oh Bondad infinita!, merecía permanecer en mi ceguera, y vos me iluminasteis con nuevas

lucos; merecía vivir endurecido en mis pecados, y me ablandasteis y disteis arrepentimiento, por lo que ahora aborrezco más que a la misma muerte los desprecios que os causé y siento vehementes deseos de amaros. Estas gracias, recibidas de vos, me aseguran de vuestro perdón y de que me queréis salvar. ¡Ah, Jesús mío!, ¿quién podrá dejar de amaros en lo futuro y no amar más que a vos solo? Os amo, Jesús mío, y en vos confío; acrecentad en mí esta confianza y este amor, para que de hoy más lo olvide todo y no piense más que en amaros y agradaros.

¡Oh María, Madre de Dios!, alcanzadme la fidelidad a vuestro Hijo y mi Redentor.

CAPÍTULO III

REFLEXIONES SOBRE LA FLAGELACIÓN, LA CORONACIÓN DE ESPINAS Y LA CRUCIFIXIÓN DE JESUCRISTO

I. La flagelación

Escribe San Pablo de Jesucristo: *Se anonadó a sí mismo tomando forma de esclavo*. Lo que apostilla San Bernardo con estas palabras: «No sólo tomó la forma de esclavo para someterse a otro, sino de mal esclavo, para ser azotado». Quiso nuestro Redentor, que es el Señor de todo, no sólo rebajarse a la condición de esclavo, sino también de mal esclavo, para ser castigado cual malhechor, satisfaciendo de esta suerte por nuestras culpas.

Cierto que la flagelación fue el tormento más cruel y el que más abrevió la vida de nuestro Redentor, porque la gran efusión de sangre (predicha en San Mateo: *Esta es mi sangre la alianza, por muchos es derramado*), fue la principal causa de su muerte. Cierto que esta sangre fue derramada primero en Getsemaní, en la coronación de espinas y en la crucifixión; pero la derramó en mayor abundancia en la flagelación. Este suplicio fue para Jesucristo vergonzoso y humillante, porque era suplicio reservado a los esclavos, por lo que los tiranos, después de condenar a muerte a los mártires, primero los azotaban y después les quitaban la vida; en cambio, nuestro

Señor fue antes azotado que condenado a muerte. Durante su vida había predicho a sus discípulos que sería condenado a esta muerte cruel: *Será entregado a los gentiles y escarnecido...*, y después de azotarle le matarán, anunciándoles el gran dolor que había de experimentar en este tormento.

Según revelación hecha a Santa Brígida, un verdugo mandó a Jesús que se despojara de sus vestiduras; obedeció, se abrazó a la columna a la que le ataron, y le azotaron tan cruelmente, que su cuerpo quedó completamente lacerado; y añade la revelación que los azotes no sólo herían, sino que surcaban las sacrosantas carnes. De tal modo fue azotado, que, como continúa la revelación, se veían las costillas a través del pecho. Concuerda con esto lo que escribe San Jerónimo: «Los azotes destrozaron el sacratísimo cuerpo de Dios», y San Pedro Damiano, que los verdugos perdieron las fuerzas en la flagelación del Señor. Todo lo cual predijo el profeta Isaías con estas palabras: *Fue traspasado por causa de nuestros pecados*. La palabra *attritus* tiene también el significado de *desmenuzado* o *molido*.

¡Jesús mío!, aquí tenéis a uno de vuestro más crueles verdugos, que os flageló con sus pecados; pero tened compasión de mí. ¡Amable Salvador mío!, poca cosa es un corazón para amaros. Ya no quiero vivir para mí, sino sólo para vos, amor mío y mi todo. Por eso, os diré con Santa Catalina de Génova: «¡Oh amor, oh amor, no más pecar!» Basta ya de ofensas, que en adelante espero ser todo vuestro, y con vuestra gracia, también espero serlo por toda la eternidad.

II. La coronación de espinas

La Madre de Dios reveló a Santa Brígida que la corona de espinas ceñía toda la sagrada cabeza de su Hijo, abarcándole hasta la mitad de la frente, y que las espinas fueron tan violentamente clavadas, que la sangre corría en abundancia por el rostro de Jesús, que aparecía cubierto de sangre.

Dice Orígenes que esta corona de espinas no se le quitó de la cabeza al Señor hasta después de expirar en la cruz. Mas, como la túnica interior no era cosida, sino inconsútil, razón por la que la sortearon los soldados y no se la dividieron, como los otros vestidos externos, como tenían que sacarla por la cabeza, con más probabilidad afirman otros autores que al sacársela le quitaron la corona, que le volvieron a poner antes de clavarlo en la cruz.

Léese en el Génesis: *Maldita será la tierra por tu causa...; espinos y abrojos te germinarán*. Dios fulminó esta maldición contra Adán y su descendencia, porque, al decir tierra, no sólo se hablaba de la tierra material, sino también de la carne humana, que, inficionada por el pecado de Adán, sólo produce espinas de pecados. Ahora bien, para contrarrestar esta infección de la carne, dice Tertuliano que era necesario que Jesucristo ofreciese a Dios el sacrificio de este extraordinario tormento de la coronación de espinas.

Este tormento, en sí tan doloroso, estuvo, además, acompañado de otros tormentos, como bofetadas, salivazos y sarcasmos de los soldados, según atestiguan San Mateo y San Juan: *Y trenzando una corona de espinas, la pusieron sobre su cabeza, y una caña en su mano derecha; y, doblando la rodilla delante de El, le mofaban diciendo: Salud, rey de los judíos. y escupiendo en El, tomaron la caña y le daban golpes*

en la cabeza. Y los soldados, trenzando una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y le vistieron un manto de púrpura; y venían a El y le decían: ¡Salud, Rey de los judíos! Y le daban bofetadas.

¡Oh Jesús mío, y cuántas espinas añadí a vuestra corona con mis malos pensamientos consentidos! ¡Quien pudiera morir por ello de dolor! Perdonadme, por los méritos de aquel dolor que aceptasteis precisamente para perdonarme. ¡Ah, Señor mío, tan humillado y vilipendiado! Cargasteis con tantos dolores y desprecios para moverme a compasión de vos, a fin de que, al menos, os amase por compasión y no os causase más disgustos. ¡Ea, Jesús mío!, dejad ya de padecer, pues que estoy persuadido del amor que me profesáis y os amo con toda mi alma. Pero comprendo que no estáis del todo satisfecho, ni saciado de trabajos, hasta que no muráis en la cruz de puro dolor. ¡Oh Bondad, oh Caridad infinita, desgraciado del corazón que no os ama!

III. Jesús, conducido al Calvario

La cruz comenzó a atormentar a Jesucristo antes de que en ella le clavasen, pues, luego de condenarlo Pilatos, se la impusieron sobre los hombros para que la llevase al Calvario y en ella muriese crucificado. El la llevó sin manifestar repugnancia alguna. San Agustín, glosando a San Juan, exclama: «A los ojos del impío, esto es gran ignominia, pero es grande misterio a los ojos de la fe». En efecto, mirando la crueldad que se usó con Jesucristo, obligándole a cargar con su patíbulo, fue grande humillación; pero, considerando el amor con que El abrazó la cruz, se admira el grande misterio, porque, al llevar la cruz,

quiso nuestro Capitán enarbolar el estandarte debajo del que habían de alistarse y militar sus seguidores en la tierra, para compatir después con El el reino de los cielos.

San Basilio, comentando este paso de Isaías: *Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado, sobre cuyo hombro está el principado*, dice que los tiranos de la tierra agobian a sus vasallos con injustos tributos para acrecentar su poderío, en tanto que Jesucristo quiso cargar con todo el peso de la cruz y llevarla sobre sí, dejando en ella la vida, para alcanzarnos la salvación. Nótese, además, que los reyes terrenos fundan su imperio sobre la fuerza de las armas y en la abundancia de las riquezas, en tanto que Jesucristo fundó su principado en el ludibrio de la cruz, es decir, en ludibrios y padecimientos, y por eso aceptó voluntariamente el llevar la cruz, en aquel doloroso viaje, para darnos con su ejemplo valor para abrazar la propia cruz y poderlo seguir. De ahí que luego dijese a sus discípulos: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome a cuestras su cruz y sígame*.

Notables son los elogios que San Juan Crisóstomo hace de la cruz, llamándola *Esperanza de los desesperados*; y ¿qué esperanza de salvación tendrían los pecadores si por salvarlos no hubiera muerto Cristo en la cruz? —*Guía de los navegantes*. En el proceloso mar de este mundo, por el cual vamos navegando; en la humillación de la cruz, es decir, en la tribulación, hallaremos el seguro guía que nos lleve por ruta de los divinos mandamientos y nos vuelva a ella si, por desgracia, la hubiéramos perdido, como dice David: *Bueno me es haber sido afligido, para aprender así tus estatutos. Consejera de los justos*. Los justos toman ocasión de la adversidad para unirse más ínti-

mamente con Dios. *—Descanso de atribulados.* Y ¿dónde mayor descanso que mirar la cruz, en la que nuestro Redentor y Dios murió de dolor por nuestro amor? *—Gloria de los mártires.* Gloria fue de los mártires el haber podido unir sus dolores y su muerte a la muerte y dolores que padeció Jesucristo en la cruz. De ahí que San Pablo dijese: *A mí jamás me acaezca gloriarme en otra cosa sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.* *—Médico de los enfermos.* ¡Qué gran remedio es para muchos que padecen enfermedades espirituales, pues las atribulaciones los hacen entrar dentro de sí y los desprenden del mundo *—Fuente que apaga la sed.* La cruz, o el padecer por Cristo, es el gran deseo de los santos. Santa Teresa decía: «Señor, o morir o padecer; no os pido otra cosa para mí»; y Santa Magdalena de Pazzi llegaba hasta decir: «Padecer y no morir», como si rehusara morir e ir al cielo para quedar padeciendo en la tierra.

Por lo demás, generalmente hablando, todos, justos y pecadores, tienen su cruz. Y aunque los justos disfruten de paz de conciencia, aun tienen sus vicisitudes, ya que unas veces son consolados con visitas divinas y otras son afligidos por enfermedades corporales y demás contrariedades, desolaciones, obscuridades, arideces de espíritu, escrúpulos, tentaciones y temores de la propia salvación. Más pesada es aún la cruz de los pecadores por los remordimientos de conciencia que padecen, los temores que de ellos se apoderan al recordar los castigos eternos y las angustias que sufren en la contrariedad. Los santos se conforman con la voluntad de Dios y llevan pacientemente las contrariedades, pero los pecadores, ¿cómo podrán conformarse con la voluntad divina, si viven como enemigos de Dios? Las penas de los enemigos de Dios son penas sin alivio ni consuelo. Razón tenía

Santa Teresa para decir: «Y no abrazan la cruz, sino llévanla arrastrando, y así las lastima, y cansa, y hace pedazos; porque, si es amada, es suave de llevar; esto es cierto».

IV. La crucifixión

Tratemos ya de la crucifixión. Fue revelado a Santa Brígida que, cuando el Salvador se vio en la cruz, extendió la mano derecha al sitio en que había de ser clavada. Después le clavarón la otra mano, luego los sagrados pies, y se dejó que Jesucristo muriese en aquel lecho de dolor. Dice San Agustín que el suplicio de la cruz era acerbísimo, porque en ella, como escribe, era la muerte más lenta, para acrecentar el padecimiento.

¡Oh Dios, qué espanto debió de apoderarse del cielo al ver al Hijo del Eterno Padre crucificado en medio de dos ladrones!, como había predicho Isaías: *Y haber sido entre los delincuentes contado*. Por eso, San Juan Crisóstomo, contemplando a Jesús crucificado, exclama, lleno de estupor y de amor: «En medio de la Santísima Trinidad, en medio de Moisés y Elías y en medio de dos ladrones...» Cual si dijese: Yo miro a mi Salvador, primero en el cielo entre el padre y el Espíritu Santo, luego en el monte Tabor entre los santos Moisés y Elías, y ¿cómo es posible que lo vea después crucificado en el calvario entre dos ladrones? Así debía, empero, suceder, porque, según el divino decreto, así debía, morir para satisfacer con su muerte por los pecados de los hombres y salvarlos, según la ya citada profecía: *Haber sido entre los delincuentes contado, llevando los pecados de muchos*.

El mismo profeta pregunta: *¿Quién es este que viene de Edom, rojos los vestidos, de Bosrá; que resplandece en su vestidura, camina altivo en la plenitud de su fuerza? ¿Quién es este, tan hermoso y fuerte, que viene de Edom, con los vestidos teñidos de sangre?* Edom significa color de rosa, un tanto obscuro, bermejo, según se lee en el Génesis. A la pregunta anterior responde Jesucristo, según los intérpretes: *Yo soy el que habla con justicia, el que es grande en el salvar. Yo soy el Mesías prometido, que vine a salvar a los hombres, triunfando de sus enemigos. Torna de nuevo a preguntar el profeta: ¿Por qué está roja tu vestidura y tus ropas como las de quienes pisan el lagar? ¿Por qué está rojo tu vestido y semejante al de los que pisan la vendimia en el lagar?, y responde: El lagar he pisado yo solo, y de los pueblos nadie ha estado conmigo.* Tertuliano, San Cipriano y San Agustín entienden por lagar la pasión de Cristo, en la que sus vestido, es decir, su sacrosanta carne, fue cubierta de sangre y de llagas, según aquello de San Juan: *E iba envuelto en un manto de sangre, y es llamado por nombre el Verbo de Dios.* San Gregorio, al explicar las palabras *El lagar he pisado yo solo*, escribe: «El lagar en que pisó y fue pisado». Dice *pisó*, porque Jesucristo, con su pasión, venció y trituró al demonio; y dice *fue pisado*, porque en la pasión fue su cuerpo pisoteado y prensado como el racimo en la prensa. *Mas a Yahveh* —dice Isaías— *le plugo destruirlo con padecimiento.*

Y el Señor, el más bello de los hombres —*Tú eres el más hermosos entre los hombres*—, aparece en el Calvario tan desfigurado por los tormentos, que causa horror al que lo contempla, si bien tal deformidad lo torna más bello a vista de las almas amantes, porque las llagas y las carnes, lívidas y desgarradas, son otras

tantas pruebas y demostraciones del amor que nos tiene. Petrucci cantó: «Al veros, Señor, tan maltratado por los verdugos, los corazones amantes os tienen por más hermoso cuanto más deformado os contemplan».

San Agustín dice que la fealdad de Cristo es nuestra hermosura; y, en efecto, la deformidad de Jesús crucificado fue causa de la belleza de nuestras almas, que, antes deformes y luego lavadas con la divina sangre: *Estos que andan vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son?*, y responde: *Estos son los que vienen de la gran tribulación y lavaron sus vestidos y las blanquearon con la sangre del Cordero*. Todos los santos, como hijos de Adán, excepción hecha de la Santísima Virgen María, estuvieron durante algún tiempo cubiertos con el manto de la culpa de Adán y de los personales pecados; mas, una vez purificados con la sangre del Cordero, tornáronse hermosos y agradables a los ojos de Dios.

Razón tuvisteis, Jesús mío, para decir que, cuando fueseis levantado en alto de la cruz, atraeríais a vos todas las cosas. Sí, porque nada habéis omitido para atraeros el afecto de todos los corazones. Y ¡cuántas y cuántas felicísimas almas, al veros crucificado y muerto por su amor, lo abandonaron todo, riquezas, dignidades, patria y parientes, y desafiaron los tormentos y la muerte, para entregarse del todo a vos! ¡Desventurados los que resisten a la gracia que les ganasteis con tantas fatigas y dolores! Este será su mayor tormento en el infierno: haber tenido un Dios que, para conquistarse su amor, murió en una cruz y que ellos espontáneamente quisieron perderse, sin esperanza de remedio, por toda una eternidad.

¡Ah, Redentor mío!, después de las ofensas que os causé merecía haber caído en tamaña desgracia. ¡Qué